

## DECREPITUDES NUEVAS Y LOZANÍAS VIEJAS

Cada día que paso, en la caminata por la carretera de mi vida, me persuado más y más de que nuestra lengua degenera, decae y retrocede, para desandar lo andado por la amena senda que le trazara el decir del más puro, del más sincero, del más humano de los escritores castellanos: del genial creador del caballero de la Triste Figura. Y esto no fuera tanta mengua, si el descuento del hablar castizo no se hiciese, como se hace, tomando duras y frías voces del tecnicismo de la ciencia pidiendo á la locura neológicas fantasías, y mendigando al extranjero unas palabras por Dios.

No es que yo no crea en la necesidad de nuevos vocablos, y hasta de frases y figuras que, despojadas de las añejas formas, sean enseñas de la moderna expresión; ni es tampoco que me legisle la idea de que debiéramos clausurarnos en la vetusta y clásica mansión de la pasada gloria literaria. No; no es esto lo que bulle y se alborota en mi pobre mollera, y que á fuerza de golpear-me las entendederas se desliza en el papel. No es, no, ni lo uno ni lo otro. Lo que brinca en mi cabeza por la necesidad de salir, es la indignación contra los que estropean y enturbian la hermosa lengua de Castilla, haciendo de ella una jerga enmarañada que la lleva á convertirse en indescifrable galimatías.

En cada instante podemos notar este destrozo del idioma, y entre los muchos que pueden tomarse, presentaré un caso, que es uno de los tantos manjares con que se nos brinda en los días que corremos.

Hallábame repasando y ordenando una viejas revistas, cuando me sorprendió la agradable visita de un amigo, que tiene la desgraciada y heroica fortaleza de ser literato.

— ¡Hola! — me dijo — ¿andais desenterrando de la necrópolis del olvido la senectud escuálida, profanando la paz tórrida y eurítmica en que reposa?

— ¡Qué dices! — exclamé — ¿Qué es eso de paz tórrida y eurítmica?

— Comprendo — respondió — que escapan á tu masa cerebroide de profano la albeantes exquisiteces del impudor sagrado de las musas; pero atiende que para eso llego, pues deseo la opinión de tu arcáica, miope y cristalizada escuela.

— Agradezco — le dije — tus elogiosos calificativos en la debida forma; pero véamos, ¿qué es lo que de mí deseas?

Sacó mi inspirado amigo unas garabateadas cuartillas de papel, y dándome la buena nueva de que pronto irían á casa del editor, me dijo: — oye y juzga:

— En mis escribires todo es opalente, lilial, añorante, flácido y doliente, por eso lanzo mi místico trimar, cual signos algebráicos que desbordan de la copa proyectada por la dinamogénica potencia newtoniana; por eso me elevo hacia vértices ignotos como atraído por la tibiosa Luna de mis telúricos pensamientos; y yo, el de las parábolas lumínicas, no sustento envidieces contra Cristo, pues navego en las aguas de la crême, de la high life y de la non plus ultra intelectual. Yo arranco las . . . . .

— ¡Si hombre! ¡Sí! — le interrumpí — ya veo que es doliente, y místico y flácido, y todo lo que tu quieras, hasta llorón y matemático; pero eso no es hablar en castellano, ni en chino, ni como Dios manda; es, sensillamente, querer decir mucho para no decir nada.

Todo es en lo que llamas tus escribires, afectación, vanidad y hojarasca; por eso es que en ellos el hablar de nuestros padres se transforma en una jergonza obscura, churrigueresca y desequilibrada, en que se suce-

den las voces átropelladamente como frutos de la demencia; por eso, también, los pensamientos, que viertes son un rosario de barbaridades. Tú, el de las parábolas lumínicas, no envidias á Cristo, no, ni á Buda, ni á Mahoma, así sea; pero cada vez que sientas las imponderables caricias de la lengua de Castilla, tendrás que bajar la cabeza avergonzado ante el esplendor y la gloria de la joberana pluma del manco de Lepanto.

¿ Crees, por ventura, que el desordenado tejido de cuatro locuras presenta el lenguaje del sentimiento? No; los neologismos, los barbarismos y las forzadas transposiciones no son el natural decir del buen gusto; éste sólo se amasa y moldea á través de los siglos, en los pueblos que aman su pasado, que tienen sus creencias, y que, como nosotros, pueden saborear las delicias que les brinda aquel que tuvo la divina inspiración de inmortalizar un loco. ¡¡ El mas sublime loco que se haya creado y se creará jamás!!

— ¡ Voilál! — dijo mi amigo— un enamorado de la senilidad.

— ¡ Sí! — terminé— He aquí un adorador de la vieja España; de la audaz y valerosa España del Cid; de la monumental, de la estupenda España de Lope; de la pundonorosa, caballeresca é incomparable España de Tirso y Calderón; y, sobre todo, de la genial España que, para gloria eterna de la Humanidad, dió á rodar por la tierra la hidalga locura de Don Quijote, que, llevando en la frente el sello de remotas altiveces, señala con serenidad profética la senda de lo bueno, de lo grande y de lo noble.

Sí, hombre, seámos admiradores de España: Que sea mil veces bendita la excelsa madre que nos legó con su hidalguía, su altivez y su nobleza la transparente fluidez de su donoso hablar.